

Programa de Estudio Lengua y Cultura de los Pueblos Originarios Ancestrales. PUEBLO YAGÁN

Contenido cultural

Relatos propios de la tradición oral yagán.

Los relatos de la tradición oral del pueblo yagán son escasos en la actualidad, así como el número de personas pertenecientes a dicha cultura. Por ende, es fundamental rescatar y revitalizar sus historias que permitan continuar conociendo a este pueblo indígena, el más austral del mundo.

A principios de la década de 1920, Martin Gusinde realizó la mayor recopilación de relatos pertenecientes al pueblo yagán (presentes, por ejemplo, en su libro publicado por el Centro Argentino de Etnología Americana en 1986: *Los indios de Tierra del Fuego. Los yámana. Tomo Segundo, Volumen III*). Tuvo varios informantes, entre los que destacó la abuela Julia, **Carrupakó le kipa**, considerada por sus pares como “la conocedora más avezada de aquellos mitos”. Gusinde trabajó intensamente junto a Nellie Calderón, casada con Federico Lawrence, a su hermano, Juan Calderón —padre de Cristina y Úrsula—, y a Chris, entre otros. Para darlos a conocer Gusinde tradujo los relatos al alemán. Aquella adaptación fue nuevamente traducida del alemán al castellano, trabajo realizado en Argentina en la década de 1980. Debido a ello, es posible suponer que durante este proceso se hayan producido cambios respecto a las primeras versiones registradas por Gusinde, las que pudo comprender gracias a los aportes realizados por sus informantes más cercanos.

(Fuente: FUCOA. Yagán. Serie introducción histórica y relatos de los pueblos originarios de Chile. Marzo 2014. Recuperado de: <https://www.fucoa.cl/que-hacemos/que-hacemos/cultura/pueblo-originarios/yagan/>).



Relato sugerido

EL CUENTO DE LA **KULUANA KEIKUS** (abuela foca leopardo)
(Narrado por Julia González Calderón, a quien su madre le transmitió esta historia).

Esta es la historia de una abuela mezquina a la cual no le gustaba compartir nada de lo que tenía. Ella buscaba siempre una puntilla para armar su **akar** (choza), desde allí podía mirar lo que hacía el resto de la gente. Sola y sin compartir, estaba siempre atenta a las personas que podían acercársele.

Un día, en el que estaba preparando su **amma jun** (aceite de lobo), llegaron tres mujeres a visitarla. Las mujeres la saludaron, pero ella muy molesta solo les indicó que se sentaran alrededor del fuego. Sin hablarles, solo las observaba.

La abuela, sin decirles nada, solo con un suave murmullo, les ofreció un poco de aceite de lobo marino. Entonces comenzó a servirles en una conchita de **awea'ra** (maucho), y como era mezquina, les dio una pequeña cantidad para que pudieran tomar un solo sorbo.

Las mujeres tomaron el poco de aceite que les había dado y se quedaron esperando que les sirviera más. Pero como no pasaba nada se fueron hablando de lo egoísta que era la abuela.

Así vino otro día y las mujeres quisieron ir otra vez para ver cuán mezquina podía ser la abuela. Cuando ya iban llegando, la abuela las vio y se preguntó qué tanto querían estas mujeres que venían a molestar. Esta vez no las tomó en cuenta y siguió haciendo sus cosas, entonces, las mujeres se fueron enojadas una vez más.

Así pasó el tiempo y la abuela, que siempre estaba sola en su **akar** (vivienda), se preguntaba por qué nadie la iba a ver. Miraba desde la puntilla si venía alguien, pero nada. Entonces la abuela, que aparte de mezquina, era copuchenta, se fue a pasear a ver si encontraba a alguien. Caminó y caminó hasta que encontró unos **akar** en la bahía. Allí estaban las mujeres reunidas junto al fuego.

Como era costumbre, cada persona que llegara de visita debía ser bien recibida, por lo que las mujeres le ofrecieron una agüita de ramas de **šapea** (coigüe). La abuela se sentó junto a ellas. Entonces las mujeres le sirvieron su agüita y hasta le ofrecieron un poco de azúcar. Pero para su sorpresa, la abuela guardó todo el azúcar en su falda y luego se fue.

Pasaron varias semanas y como siempre, estaba la abuela sola en su **akar**. Las mujeres mandaron a una de ellas a espiar que estaba haciendo. Esta se acercó sin ser vista y silenciosamente miró entre medio de las ramas del **akar**. Entonces, regresó contando: ¡la abuela está haciendo pan!

Esperaron un rato hasta que el pan estuviera listo y fueron a visitar a la abuela.

La abuela escuchó las voces de las mujeres que se acercaban y rápidamente empezó a ocultar todas sus cosas. Tomó el pan caliente y se sentó sobre él.

Las mujeres entraron al **akar** mientras la abuela hacía que tejía tranquilamente un canasto. Comenzó a ponerse inquieta, pues el pan caliente bajo su falda, la estaba quemando.

Las mujeres cuchicheaban y se reían porque se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Para distraerlas, la abuela les dijo: "allá viene una canoa, ¿quién la va a recibir?". Y una de ellas contestó: "ahí está mi hermano esperándola en la playa".

La abuela ya no aguantaba más el calor bajo su falda cuando justo las mujeres le dijeron que ya se iban. Salieron de su **akar** y riéndose de ella, no podían creer como la abuela podía ser tan mezquina.



Les daba tanta rabia como era, que mientras conversaban a una se le ocurrió una idea para darle una lección. Cuando estuviera buena la marea, la invitarían a mariscar y llegado el momento empujarían al mar a la abuela mezquina.

Durante varios días estuvieron buscando el lugar preciso, un pequeño barranco de aguas profundas. Hasta que llegó el momento en que la marea estaba baja. Cogieron sus **keichi** y fueron a buscar a la abuela a su **akar**: "¡abuela, vamos a mariscar!" La abuela se entusiasmó con la idea, tomó su canasto y fue con ellas.

Caminaron hartos ratos, llegando al lugar elegido. Sin que ella lo notara, las mujeres comenzaron a rodearla, arrinconándola hacia el barranco hasta que la empujaron al mar. "**Ajká**", gritó la abuela y cayó. Pero al entrar al agua, comenzó a transformarse poco a poco en un **kéikus** (foca leopardo). Las mujeres quedaron sorprendidas y no podían creer lo que había pasado.

Desde ese momento el **kéikus** siempre anda solo, a diferencia de los lobos y los delfines que andan en grupo. Y, cuando se le ve en tierra, siempre está en una puntilla. Y hoy día se puede ver, la marca que dejó el poco aceite de lobo en la concha del **awea'ra**.

(Fuente: FUCOA. Yagán. Serie introducción histórica y relatos de los pueblos originarios de Chile. Marzo 2014. Recuperado de: <https://www.fucoa.cl/que-hacemos/que-hacemos/cultura/pueblo-origenarios/yagan/>).

Lugares significativos del territorio yagán.

En el sector históricamente recorrido por los yaganes, la Cordillera de los Andes se sumerge y sus cimas dan origen a islas con las más diversas formas. Terminan en acantilados, ventisqueros, playas con orillas que desaparecen al subir la marea y otras más extensas y ventosas. En la mayor parte del territorio predominan laderas y bosques, donde destaca el coigüe de Magallanes. La zona oeste, cercana al océano Pacífico, presenta más precipitaciones que el este, diferencia que determina siete tipos de ecosistemas presentes en el archipiélago.

Bosques lluviosos siempre verdes se encuentran en gran parte de los bordes costeros. Están conformados principalmente por el coigüe de Magallanes y en menor medida el canelo y la leña dura, los arbustos zarzaparrilla y michay, además de pequeñas plantas, helechos, líquenes, hongos y musgos. En los sectores húmedos con mal drenaje, se encuentran bosques de ñirre, que pueden alcanzar los quince metros de altura. Sus ramas están cubiertas del líquen "barba de viejo" y contienen dihueños, hongos comestibles. Bosques de lenga se encuentran en gran parte de las laderas de Magallanes, pues crecen en zonas de buen drenaje.

En los sectores más protegidos del viento y por lo tanto también en el epicentro del territorio yagán, se encuentra un cuarto tipo de bosque. Se trata del bosque mixto, formado principalmente por la lenga y el coigüe de Magallanes.

En varias zonas predomina la tundra de Magallanes, compuesta por musgos, plantas de cojín o humedales de turba y junco. A medida que el terreno se va elevando, los bosques van quedando atrás. La presencia de arbustos bajos es distintiva de los hábitats alto andinos. Los arbustos luego dejan espacio a las plantas en cojín, que se adaptan a las zonas áridas. Superior a este piso se presentan masas rocosas de las más diversas formas, a las que se adhieren líquenes. Por último se encuentran las altas cumbres con hielos permanentes. El ñirre logra crecer donde las masas de



hielo retroceden. En los hábitats alto andinos se forman pozas y lagunas, congeladas durante la mayor parte del año. En la cordillera Darwin, cordón montañoso ubicado en el suroeste de la Isla Grande de Tierra del Fuego y cuya parte más alta alcanza los 2.500 metros, se encuentran grandes extensiones de glaciares.

(Fuente: FUCOA. Yagán. Serie introducción histórica y relatos de los pueblos originarios de Chile. Marzo 2014. Página 19.
Recuperado de: <https://www.fucoa.cl/que-hacemos/que-hacemos/cultura/pueblo-origenarios/yagan/>).

Práctica ceremonial del chejaus.

El **chejaus/šiehaus** era una ceremonia yagán de iniciación, que para los antiguos yaganes era como dice Lothrop, “un curso sistemático de educación para los jóvenes”, donde aprendían las normas de conducta así como técnicas para vivir la vida de cazadores recolectores nómadas.

Para el **šiehaus** se utilizaba una casa ceremonial grande en forma de domo instalada cerca del campamento, la cual cubrían de ramas, pero dejaban los costados abiertos, con una fogata central y asientos cubiertos con pieles. Los postes de esta casa ceremonial eran pintados con pintura roja, blanca y negra. A poca distancia de esta casa ceremonial erigían una casa más pequeña que servía para cocinar la comida para los jóvenes y sus maestros. En algunas partes del territorio yagán se utilizaba una construcción abovedada, no en forma de domo.

Además de las enseñanzas se cantaba y se bailaba. Los hombres de más edad y con más experiencia determinaban los procedimientos que se seguirían. Entre ellos elegían a uno que era más respetado para ser el maestro de ceremonia. Otro era seleccionado para ser el instructor de los candidatos, en tanto el resto era designado como custodios o guardianes, una especie de policía. Su labor consistía en reunir a los jóvenes y mantenerlos en orden, sumisamente, aunque fuese a la fuerza. Cada candidato tenía tres padrinos, dos de su propio sexo y uno del sexo opuesto. Su tarea consistía en velar que los candidatos cumplieran apropiadamente el ritual y ayudar los tanto como fuera posible, porque estaba en juego el prestigio de los padrinos si sus hijos adoptivos lo hacían bien. Igualmente participaban otros miembros adultos del grupo, quienes se sentaban en grupos familiares, en tanto que los candidatos lo hacían con sus padrinos, muy cerca unos de otros, para recibir el calor del fuego.

Durante los primeros tres días de la iniciación, los candidatos mantenían un casi estricto ayuno, porque lo único que se les permitía comer eran tres o cuatro cholgas por día; el agua también era limitada. En la noche debían mantenerse sentados y solo se les permitía dormir entre cuatro a seis horas. Si se relajaban durante el período que debían mantenerse despiertos y sentados, los ancianos los obligaban a retomar esa posición y posiblemente los golpeaban por el descuido.

En el día los hombres enseñaban a los muchachos los métodos de caza, cómo fabricar armas y herramientas, y cómo construir canoas y viviendas temporales, entre otras cosas. A las muchachas, las mujeres les enseñaban a mariscar, recolectar hongos, cómo fabricar canastos, collares, cómo criar los niños, etc. Al caer la noche, los candidatos eran llevados a la playa y obligados a bañarse en la helada agua del mar. Después del primer baño los muchachos recibían tres cortes superficiales en el pecho a los cuales aplicaban con la mano pintura roja.

Gran parte de la ceremonia de **šiehaus** consistía en canto y baile. A través del canto trataban de comunicarse y mantener alejado a **Yetaite**, un espíritu maligno que podría herir seriamente a los



ocupantes de la casa ceremonial, según contaban a los candidatos. El baile servía para neutralizar el mal que podría causar su presencia. Para atemorizar a los muchachos, los hombres golpeaban con palos los muros de troncos de la casa y les decían que tenían que seguir con precisión las instrucciones o los atraparía el **Yetaite**. A veces aparecía este espíritu maligno, es decir, un hombre pintado que pretendía ser el espíritu, pero finalmente se les decía la verdad a los candidatos y les advertían que el verdadero **Yetaite** era peor que el que habían visto.

El maestro de ceremonias generalmente lideraba el canto y el baile, aunque a veces la tarea la desempeñaba otro anciano. Los bailes eran imitativos de animales, tanto en los movimientos como en el canto.

Respecto a la instrucción moral de los candidatos, esta era compartida por los padrinos y el maestro oficial, a cuyos pies debían sentarse los candidatos de vez en cuando. Se les enseñaba a ser generosos tanto de pensamiento como conducta, también a ser hospitalarios, a tener respeto por los ancianos. A los muchachos se les enseñaba a no ser peleadores o violentos, ya que se harían de enemigos; también se les inculcaba a tratar con respeto a las mujeres, a ayudar a los más jóvenes y los ciegos. A las muchachas les decían que tenían que levantarse temprano por la mañana a buscar leña y agua, cuidar a sus hijos y esposos, no discutir por cosas sin importancia y evitar los rumores y pelambres. Este código moral era el que se transmitía a los jóvenes y todo el grupo, aunque en la práctica no era seguido con mucho rigor.

Una vez concluidos todos los procesos de enseñanza, los jóvenes de ambos sexos eran recibidos como miembros del grupo, recibían regalos y al final se hacía una batalla entre los sexos fingida. Los yaganes creían que su bienestar dependía de esta ceremonia de **šiehaus** y que sin ella nadie podría tener estabilidad en la comunidad.

(Fuente: Guía para educadores tradicionales cultura y lengua yagán. (2014). Ministerio de Educación. Programa de Educación Intercultural Bilingüe. Páginas 23-24).

